

# ANTROPOLOGÍA E INTERDISCIPLINA



REFLEXIONES Y PRÁCTICAS EN LAS FRONTERAS

Liliana Bergesio – Federico Fernández – Omar Jerez  
(editorxs)

Rosana Guber – Pablo Wright – Héctor Torres – Ignacio Bejarano  
Fabiola Aramayo – Mónica Lacarrieu – Natividad González  
Eduardo Restrepo – Elio Masferrer Kan – Débora Betrisey



tiraxiediciones





# ANTROPOLOGÍA E INTERDISCIPLINA



REFLEXIONES Y PRÁCTICAS EN LAS FRONTERAS

Liliana Bergesio – Federico Fernández – Omar Jerez  
(editorxs)



**tiraxiediciones**



*Antropología e interdisciplina: reflexiones y prácticas en las fronteras /*

Liliana Bergesio – Federico Fernández – Omar Jerez (editorxs)

Rosana Guber ... [et al.]; prólogo de Daniel González.

1a ed.- San Salvador de Jujuy: Tiraxi Ediciones, 2021.

278 p.; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-47753-9-9

1. Antropología. 2. Antropología Social. I. Guber, Rosana. II. Bergesio, Liliana, fot. III. González, Daniel, prolog.

CDD 301.01

Imagen de Tapa: (DES) Cubismo Contornismo n°5

Artista: Mutes (César de Barros Amorim)

Página: [www.mutes.pt](http://www.mutes.pt)

Email: [mutespintor@gmail.com](mailto:mutespintor@gmail.com)

Facebook/ Instagram: Arte de Mutes / César Amorim (mutes)

Fotos de interior: Liliana Bergesio



**tiraxiediciones**



COLEGIO  
de GRADUADOS  
en ANTROPOLOGÍA  
de JUJUY



**FHyCS**

Facultad de Humanidades  
y Ciencias Sociales



**UNJu**

Universidad  
Nacional de Jujuy

# DEL TRABAJO DE CAMPO COMO TÉCNICA, AL TRABAJO DE CAMPO COMO EXPERIENCIA<sup>1</sup>

Rosana Guber<sup>2</sup>

*A la memoria de Félix G. Schuster.*

*en homenaje a la creadora del Centro y  
a la primera antropóloga social argentina,  
M. Esther Álvarez de Hermitte (1921-1990).*

En estas páginas quisiera presentar algunas reflexiones acerca de mi profesión como investigadora en Antropología Social (en el marco del CONICET). Esas reflexiones están atravesadas por mis temas de trabajo -la antropología social en la Argentina y la memoria y la experiencia de protagonistas directos en el conflicto anglo-argentino del Atlántico Sur, eso que llamamos “la guerra de Malvinas” (1982). Y también están en relación con ideas que me fue suscitando mi labor como docente de métodos etnográficos desde 1984: primero en la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires (UBA) hasta 1995, desde 1997 en la Maestría en Antropología Social de la Universidad Nacional de Misiones; desde 2005 hasta 2016 en la Maestría en Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC); también entre 2008 y 2017 en el Posgrado en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS); especialmente, y desde 2001 en la Maestría de Antropología Social que dirijo y hacemos de manera conjunta el IDES,

---

<sup>1</sup> Con variantes este texto reproduce ideas expuestas en la Conferencia Esther Hermitte 2016 (IDES, Buenos Aires) y la conferencia de cierre de las III Jornadas Intercátedras de Antropología (“¿Es posible enseñar etnografía?”), Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales y Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Jujuy, Colegio de Graduados en Antropología de Jujuy, San Salvador de Jujuy, 26 de abril 2018.

<sup>2</sup> Investigadora del CIS-IDES/CONICET.

mi lugar de trabajo, y el IDAES, en el marco de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Valga este detalle para advertir que las reflexiones que siguen resultan de mi experiencia académica, formativa y laboral en el seno de un gremio de colegas en mi especialidad y en otras disciplinas, que pasa por distintas épocas en las cuales academia, país y región también se fueron transformando.

Definirme como antropóloga social, investigadora y docente de asignaturas de método etnográfico requiere algunas aclaraciones si vamos a tratar de entender, más allá de los rótulos, qué hacemos y cómo la gente que nos dedicamos a esto de trabajar, investigar y enseñar. Para eso quizás valga la pena empezar por la definición práctica de investigador que, lejos del ‘deber ser’ que nos rige desde las instituciones y los libros, excede cotidianamente lo que se supone que tenemos que hacer.

Todo aquel que ronda el mundo de las ciencias sabe que los investigadores no sólo hacemos investigación. Escribimos, hacemos política académica, evaluamos, damos clase, ahora también desde nuestras casas por vía virtual, integramos jurados—TENGO QUE BLANQUEAR A MI EMPLEADA—dirigimos tesis, damos charlas de distinto tenor y en distintos ámbitos para distintos públicos—PAGAR EXPENSAS—y hacemos programas de cursos, corregimos exámenes y borradores de nuestros tesistas a quienes leemos 1-2-3-N veces para corregirlos y discutirlos tomándonos cientos de cafés—TENGO QUE CONSEGUIR LAS RECETAS PARA LOS REMEDIOS DE MI MAMÁ—, formamos parte de instituciones y de comités y tenemos innumerables reuniones, llenamos planillas para la CONEAU y para el SIGEVA<sup>3</sup> (PREGUNTAR POR QUÉ NO ME REGISTRA LAS

---

<sup>3</sup> SIGEVA es el sistema de intranet donde el sistema científico nacional guarda los datos de sus investigadores. Las presentaciones anuales y bianuales de informes de lo realizado en el período previo y a realizar en el período subsiguiente incluyen completar datos en lo relativo a Producción, Formación de Recursos Humanos, Participación en Reuniones Científicas, etc. Para incorporar una nueva publicación es necesario ingresar el nombre o ISSN de la revista. Pero puede suceder que el sistema no la encuentre ni por ISSN ni por denominación, y que algo funcione mal en la incorporación manual (ingresando uno mismo todos los datos). Esto no es menor porque los investigadores suelen ser evaluados por Producción, es decir, por cantidad de publicaciones en “revistas de impacto”, es decir, indexadas en ciertos sistemas y preferentemente en inglés. Hay además otro problema. El SIGEVA argentino no incluye a la Antropología Social como una disciplina en las opciones “área de

REVISTAS QUE TENGO QUE MANDAR EL INFORME!!!!!!), actualizamos los CV—OJO PEDIR TURNO EN PAMI PARA MI MADRINA—hablamos bien de algunos colegas y mal de otros, peleamos subsidios (CUANDO LOS HAY) y hacemos decenas de proyectos, viajamos a congresos para exponer entre 10 y 20 minutos después de viajes de varias horas, si cabe damos entrevistas a radios y a medios de prensa—ME OLVIDÉ DE SUSPENDER LOS DIARIOS POR EL VIAJE!!!

No sé cómo nos las arreglamos para hacer todo... y más también. Por ejemplo, dónde entra lo más importante, que nunca es urgente, aquello que, decimos, nos define académicamente a los antropólogos de toda afiliación subdisciplinar: el trabajo de campo (en adelante TC). Juntando muestras de ADN (vaya mi saludo y adiós a Raúl Carnese), relevando sitios, filmando danzas, estando ahí, presentándonos pese a que nadie nos cree, conversando, tratando de recordar todo para pasar a nuestras notas, o desgrabando (que es aún peor), mandando un mail y esperando en vano la respuesta, haciendo registros de campo con detalles que no sabemos adónde conducirán, desarrollando alguna capacidad para escuchar y comprender, echando a rodar la maldita bola de nieve, intentando ser convincentes, creíbles, amables; llevando algo para el mate, entrando al campo por el lugar correcto, o por el más correcto posible, ¡o por algún lado!, captando intenciones, entendiendo negativas, sin desanimarnos... pase lo que pase.

Y después, o al mismo tiempo, debemos leer teoría y textos sobre el tema, armar el problema, la cuestión, el nudo de lo que queremos decirle a la academia, a los jurados de tesis, a la gente con la que trabajamos, a nuestros lectores anónimos. Y pensar un argumento.

Asombroso, ¡realmente! Somos capaces de ensamblar todos estos listados casi en el mismo tiempo y lugar dado que, como nos suele ocurrir, nuestros “campos” suelen estar bastante cerca de “casa”. Quizás por eso, nos conviene tanto resumir las actividades de campo bajo el amplísimo rótulo de “observación parti-

---

conocimiento”, sino como subdisciplina de la Sociología.

cipante”: porque nos define y nos distingue pero, sobre todo, porque nos quita toneladas de peso mientras nos permite reivindicar como propios los distintos modos en que fuimos haciendo trabajo de campo a lo largo de la historia y a lo ancho del mundo. Ciertamente, las Trobriand de 1914 son cosa del pasado. Hoy disponemos de lapsos más breves y espacios más recortados para hacer lo que se supone que hacemos los antropólogos sociales: comprender -algunos prefieren “explicar”- formas de vivir y de pensar en los términos de esas otras personas, en tensión y articulación con sistemas conceptuales de comprensión académica. Esa laxitud o flexibilidad no mengua la calidad de los resultados, aun cuando o precisamente porque implica la totalidad de la persona del investigador.

Steven Shapin, el historiador de la ciencia, titula uno de sus libros *Nunca pura. Estudios de historia de la ciencia como si fuera producida por gente con cuerpos, situados en el tiempo, el espacio, la cultura y la sociedad, y luchando por la credibilidad y la autoridad*. Shapin discute con los historiadores de la ciencia que aún la pretenden auto-justificada y auto-explicativa, o que se vanaglorian de sus logros como si en efecto existiera una división entre factores internos y factores externos. Es que en la antropología el trabajo de campo permite plantear al investigador como una totalidad indivisible cuya realidad es, pienso, la principal moneda de cambio y razón del interés de sus interlocutores. Con sus conocimientos, con historia personal, con sus emociones, con su coyuntura familiar, etc. Pero entonces hay más, otra clave en la cual pensar y que, año tras año, gestión tras gestión, volvemos a recordar.

En la Argentina, la autonomía académica fue intervenida por el Poder Ejecutivo en 1930, 1947, 1966, 1974 y 1976, y hasta las aperturas electorales de los gobiernos autoritarios fueron calificadas como “democratización por colapso” (G. O’Donnel). La ilegitimidad de unos contra otros, y la intervención directa de los vientos cambiantes de la política federal en los rumbos de las universidades nacionales (las únicas hasta 1955 y las más relevantes y mejores en algunos casos hasta hoy) fueron introduciendo factores de evaluación y pertinencia extraños al “campo científico”. Resultó entonces una creciente faccionalización, en-



tendida como la organización socio-política de la práctica y expresada en adhesiones político-ideológicas para identificar y fundamentar las pugnas por cargos académicos. Por ejemplo, la exigencia a profesores y auxiliares docentes de afiliarse al Partido Justicialista desde 1947 para convertirse en personal de planta y asumir un puesto después de un concurso exitoso, por ejemplo, generó una línea de rencor entre “peronistas” y no peronistas que, independientemente de la voluntad autoadscriptiva, terminó identificando formas de trabajo y líneas teóricas con dichas adscripciones. Esa oposición no concluyó con el golpe del '55 contra Perón y la subsiguiente proscripción del peronismo con su jefe exiliado, sino que se reforzó demandando a los nuevos candidatos una declaración de “fe democrática” para los concursos del 57-58. Los dualismos se regeneraron bajo otras denominaciones: “cientificistas liberales” vs. “científicos comprometidos”, “científicos nacionales” vs. “entreguistas”, “procesistas” (del Proceso de Reorganización Nacional, auto-denominación de la dictadura militar de 1976-1983) vs. “democráticos”. Ciertamente, la politización del mundo académico es compartida por otras academias latinoamericanas, pero la estrecha relación entre facciones académicas y facciones políticas del nivel nacional que se observa en la Argentina no fue la usual ni en Brasil ni en Chile. En este sentido, Argentina se parece a las academias euro-orientales anteriores a 1989, donde las agendas de trabajo siguen y son seguidas muy de cerca por las orientaciones faccionales del partido en el gobierno.

Uno de sus efectos fue ir convirtiendo a las agendas de investigación en otra cosa que lo que decían ser. Precisamente porque en Argentina las ciencias, particularmente las sociales, han sido tan permeadas por la turbulenta historia política nacional, esta permeabilidad ha cobrado el status de valores caros a sus hacedores (notablemente, por ejemplo, “compromiso”). Quiero decir: la intervención política nacional en nuestros posicionamientos como intelectuales-académicos tuvo una profunda influencia moralizadora, no necesariamente “científica”, en nuestra selección de temas, métodos, referentes conceptuales, retóricas expositivas y de fundamentación. La historiografía de la antropología suele examinar críticamente el sentido represivo de esta influencia, atendiendo a la prohibición o distorsión de

ciertos autores (especial pero no solamente marxistas), al desaliento de algunas temáticas (la propia sociedad, la clase obrera, clases medias y elites), la invisibilización de algunas subdisciplinas (la antropología social). Entre tanto, poco nos dice acerca de cómo las teorías y las temáticas autorizadas en los períodos de intervención universitaria de los regímenes de facto (y signo político conservador) abonaban o resultaban “funcionales” para sus regímenes. Tampoco nos dice acerca de cómo en los períodos democráticos se generaron fundamentos académicos que sirvieron para desalentar y hasta demonizar otras argumentaciones. Que en 1985 los estudiantes de antropología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA hayan performado el entierro del funcionalismo dice mucho más de lo que pensaban algunos de sus nuevos profesores (funcionalismo *qua* colonialismo), que del funcionalismo en sí.

Comprender el proceso de moralización política de la antropología social en Argentina es un camino complejo sobre el cual me gustaría, para esta ocasión, apuntar un elemento clave que suele quedar ignorado y, sin embargo, decimos que nos distingue de las otras ciencias sociales: el trabajo de campo. Mi hipótesis es que el trabajo de campo etnográfico es central en esa asociación político-académica argentina porque nos permite exhibir una relación que se postula como fundante de esa moralidad socio-antropológica: la relación no mediada entre intelectuales-antropólogos y “pueblo”, “gente”, “las bases”, “los excluidos”, “los trabajadores”, “el proletariado”, entre otros términos propios de cada época. A continuación intentaré historizar la relación entre trabajo de campo e intelectuales-antropólogos desde cómo la plantearon nuestros primeros colegas, y luego discutiré distintos usos del trabajo de campo en mis propios trabajos con protagonistas directos en el conflicto bélico anglo-argentino de 1982: quiero decir, con quienes eran oficiales y suboficiales durante el PRN; quiero decir, con los verdaderos Otros de los académicos auto-adscriptos al “progresismo”. Con esto busco no sólo poner en valor a la investigación antropológica con sujetos sociales “políticamente inconvenientes”; también, y fundamentalmente, pretendo discutir las nociones extractivas (“recolección de datos” e interrogación a “informantes”) y terapéuticas

(“dar voz a los sin voz”, “acompañar”) con que concebimos (seguimos concibiendo) al trabajo de campo etnográfico. Así procedo porque creo que estas nociones van exactamente en contra de la prédica igualitaria y democrática de los antropólogos sociales.

En antropología y en otras ciencias sociales, seguimos hablando de nuestro pasado y de nuestro trabajo con referencia a la política nacional y a las utopías redentoras, compensatorias, instauradoras de justicia social y, como se dice ahora, de “memoria, verdad y justicia”. Esta perspectiva hereda y revive un término muy en boga en los años '60 argentinos, precisamente cuando tuvo lugar la institucionalización de las ciencias sociales modernas y científicas en nuestro país. Fue entonces que la idea Sartreana de “intelectual comprometido” empezó a ser una referencia habitual para diferenciarse del intelectual liberal (en sentido argentino) supuestamente no-comprometido y “cientificista”. Adoptando matices latinoamericanos, los años '60-comienzos de los '70 están repletos de escritos y apelaciones al intelectual comprometido con “el pueblo”, “los desposeídos”, “los condenados de la tierra” (Franz Fanon). Este sesgo tuvo su particular énfasis en la antropología y su compromiso con los pueblos indígenas (aún no se los llamaba “originarios”), los campesinos, los pobres y los marginados, en oposición a la antropología de lo exótico y lo pintoresco. Acaso no los diferenciaban tanto los grupos sociales con los que unos y otros trabajaban, sino los sentidos con que esos trabajos se llevaban a cabo. ¿Transformación o contemplación? ¿Crítica o colección para la vitrina de un museo? Entre, por un lado, la antropología comprometida-progresista y su proyección hacia la Investigación Acción Participativa planteada, inicialmente, por el sociólogo colombiano Orlando Fals Borda, y la ‘antropología partisana’, y por el otro, la antropología ‘meramente descriptiva’ que supuestamente llevaban a cabo los “histórico-culturales-difusionistas-fascistas” de la UBA entre los años '40 y 1984, quedaban otras modalidades como la, llamémosle, investigación básica, la antropología aplicada, la consultoría y la gestión. Por imperio del dualismo moralizado que extremaba la oposición excluyente entre “progresistas” y

“reaccionarios”, estas otras modalidades quedaban en un peligroso campo intermedio, pendientes de definición a riesgo de ser tachadas de colaboracionismo.

Cabe aclarar que las mejores investigaciones en nuestra antropología social, que desde mi punto de vista data precisamente de aquella época, no debió su calidad al grado declamado de compromiso, sino a su empeñosa elaboración teórica en íntima, prolongada e intensa relación con el campo empírico, lo que le permitió, con fundamento, complejizar con nuevas preguntas y líneas de trabajo al medio rural argentino. Sin embargo, también es cierto que la tan mentada relación entre compromiso e investigación social se exhibía como especialmente intensa en la antropología social porque sus practicantes concebimos a nuestra disciplina como auténticamente cercana a la gente. Esa cercanía, supuesta prueba del compromiso y de la calidad de la investigación, se realizaba “levantando la tienda en el medio del poblado” y por cierto tiempo. Así, mientras nos comunicábamos con nuestros colegas de otras ciencias sociales en términos de conceptos y de datos, sabíamos que nadie nos igualaba en “el método etnográfico”, pues sólo “embarrándonos” y “estando ahí” podíamos entender a nuestros interlocutores, relativizar las generalizaciones de las macro-teorías y, llegado el caso, ¡contribuir activa e informadamente a su conducción política!

Esta asociación trabajo de campo-compromiso suscita algunas preguntas: ¿acaso la identificación académica con el “pueblo” tan pregonada por los investigadores sociales antropológicos era-debía ser-llegó a ser lo mismo que su identificación política? ¿Acaso la identificación académico-política con el pueblo redundaba en una mejor investigación? ¿Y en un mejor trabajo de campo? ¿O fue el trabajo de campo el que produjo una mayor cercanía política? En todo caso, ¿cómo y quién definía el carácter de dicha cercanía: el investigador o sus interlocutores/informantes? ¿O ambos? ¿Cuándo y cómo tenía lugar esa cercanía: en la elaboración teórica, en la práctica metodológica, al momento de escribir o al de “devolver”? ¿Acaso las teorías que usaban los antropólogos permitían dar mejor cuenta de lo que ese pueblo era o las circunstancias que atravesaba? ¿Qué relación de afinidad y de diferencia tenían aquellas teorías con las concepciones y/o las prácticas políticas de la gente con la cual esos antropólogos

trabajaban? ¿Qué procesos recorrieron hacia el encuentro y/o el desencuentro teórico-político? Y si se desencontraron, ¿esto invalidaba las teorías y el trabajo de campo realizados? Finalmente ¿cómo caracterizar o explicar el desencuentro con otras teorías empleadas hasta entonces?

La primera antropología social argentina (1965-1975) permitiría responder cada una de estas preguntas porque aquellos antropólogos sociales, justificados o no en el compromiso, desarrollaban sus investigaciones de cara a las problemáticas existentes y con base en sólidas formaciones académicas (la mayoría, en las academias metropolitanas). Y lo hacían en un contexto que atravesaba a sujetos e investigadores por igual. Sin embargo, la incidencia de este común denominador, los procesos políticos y sociales de la Argentina, en la población y en la academia no fue examinada en ambos sentidos. Salvo una excepción: la lúcida reflexión de Hebe Vessuri acerca de su pertenencia a un “campo” empírico y de batalla en Famaillá, Tucumán, y a la Universidad Nacional de Tucumán en 1972 (1975/2002). Por su parte, Eduardo Archetti (afiliado sólo nominalmente a la Universidad Nacional del Litoral, sede Rosario) identificaba un punto de divorcio generacional entre los colonos jóvenes y sus mayores en las Ligas Agrarias del norte algodónero de Santa Fe, mientras Leopoldo Bartolomé y sus colegas de Misiones implantaron a la antropología social como disciplina académica universitaria y de consultoría en el diseño del programa de relocalización forzada de poblaciones ante la Represa Binacional Yacyretá. La cruenta represión de los Liguistas en el nordeste argentino fue casi simultánea a la implantación y continuidad de la primera carrera exitosa de antropología social en el país. Necesitamos comprender esta contradicción fuera de la lógica acusatoria y demonizadora simplista tan habitual en los corrillos y en buena parte de la historiografía antropológica argentina<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Nadie en su sano juicio podría acusar a los jóvenes creadores de la primera Licenciatura en Antropología Social de Misiones, de colaboracionistas con la última dictadura argentina. Salvo para generar rumores que socaven su prestigio, y justificar figuras mediocres y líneas teóricas fundadas más en postulados generales que en la investigación empírica. Ver historia de la Antropología Social en Posadas en: Bartolomé *et al.* (2010) <http://www.ramwan.net/html/documents.htm>

Es justo decir que mi propio interés en la antropología tenía que ver con el encantamiento que me provocaba la tan mentada cercanía con sectores sociales y culturales extraños para mí, y también con lo que a mí y a muchos de mi generación nos movilizaba hacia la “transformación social”. El ideal de compromiso parecía ser el nexo entre la transformación *social* y la antropología *social* que proclamaba para sí el trabajo de campo etnográfico. Pero ¿era realmente así?

Quien por primera vez me habló de la “antropología social” fue un matemático amigo de la familia. Manuel Sadosky y su primera esposa Cora Ratto me preguntaron en mi último año de secundaria qué seguiría estudiando y les contesté “Geografía Humana”. Escarbando en mi respuesta, me dijeron que yo quería hacer “antropología social”. A la luz de los años veo que tuvieron razón. Yo ignoraba la disciplina, desconocida por entonces en la escuela media. Entre tanto, la “antropología social” acababa de desaparecer de la UBA gracias a la intervención de 1974. Las especializaciones de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas eran Prehistoria, Etnología y Folklore.

Gracias a Manuel, ya exiliado en Caracas en febrero de 1977, conocí a Vessuri y a su esposo Santiago Bilbao, quien había logrado abandonar el país tras su detención en Tucumán y después en Devoto. En Campo de Herrera, Departamento de Famaillá, zona declarada por el Ejército Revolucionario del Pueblo como “Zona Liberada”, y por el Ejército Argentino “Cuna de la Independencia, Tumba de la Subversión”, Bilbao no era un guerrillero encubierto sino un verdadero técnico del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria INTA, donde organizaba a expeones cañeros en la formación de una cooperativa de producción en base a un ingenio a punto de proceder a su cierre definitivo. Pese a que nunca atentó contra las FFAA ni contra la propiedad privada, y sin embargo atravesó su última etapa con detención, interrogatorio (a golpes) y cárcel, desde que lo conocí hasta su muerte en 2006 nunca escuché a Santiago definirse como “antropólogo comprometido”. Tampoco escuché este rótulo en boca de Leopoldo Bartolomé, investigador de campo y doctor en antropología social por la Universidad de Wisconsin, Madison. Leopoldo investigaba colonos misioneros yerbateros y teatleros de ascendencia ucraniana y polaca, y se preguntaba por

qué no integraban las Ligas Agrarias. Tal fue el interrogante principal de su tesis doctoral a mi juicio tan extraordinaria como desconocida: *Los colonos de Apóstoles. Estrategias adaptativas y etnicidad en una colonia eslava en Misiones* (1975, publicada en inglés en 1991 y en castellano en 2002). Tampoco escuché a mi maestra Esther Hermitte hablar de compromiso. En su curso de “Métodos de investigación de campo” en el IDES, donde la conocí, se ponía “de informante” de su experiencia de seis meses en 1959 y año y medio en 1960-61 en los Altos de Chiapas, y de su año y medio discontinuo en Belén, Catamarca, con Carlos Herrán. Cuando ella leía un texto antropológico no lo ponderaba por “su compromiso”, sino por su trabajo de campo, sobreentendiendo que éste se expresaba en nociones y argumentos firmes articulados empíricamente.

Santiago, Leopoldo y Esther tenían distintas definiciones políticas y de la práctica disciplinar; también distintas edades y, por lo tanto, trayectorias y formaciones. Los unía el trabajo de campo, del que hacían depender tanto sus afirmaciones académicas como sus clases (en el caso de Santiago, un ser no-académico por excelencia, su tarea docente la ejercía en el seno de la cooperativa con los peones devenidos en dueños y socios). Estos tres colegas mayores eran tan excelentes trabajadores de campo como antropólogos, aunque Santiago no escribiera, aunque Esther publicara muy poco y recién pudiera ser profesora concursada de la universidad pública argentina en 1984, y aunque Leopoldo fuera relegando el trabajo de campo en beneficio de su labor en la Universidad Nacional de Misiones. Llamativamente, y pese a las constantes apelaciones a la memoria que se han pronunciado desde mediados de los años ‘80 en el ambiente académico, los textos y trabajos de ellos tres (y de algunos otros como Archetti, Stolen, Melhuus, Muratorio, Vessuri, Herrán, Ruben, Williams, etc.) apenas se conocen en las carreras de antropología de la Argentina democrática. Así, nuestra primera experiencia en la antropología social no integra la formación

académica actual y, por lo tanto, no sirve para construir comunidad académica ni para definir elementos diacríticos de nuestra pertenencia profesional<sup>5</sup>.

Así que, en 1974 y por sugerencia de los Sadosky, yo decía que quería hacer Antropología Social porque la suponía comprometida y porque quería hacer trabajo de campo con gente de distintos “usos y costumbres”, inquietud que supongo me llegó principalmente por mi padre que amaba la América precolombina y por mi madre que siempre traía “artesanías” de cada lugar. Mi casa fue una mezcla de museo de arte folk con vitrinas de réplicas de Santamaría, Aguada, Inca, Chimú, Moche, Nasca, Olmeca, Maya, San Agustín y Rapa-Nui. Sin embargo, y pese a la “familiaridad”, no tenía mucha idea de cómo todo esto podía pasar de ser un *hobby* a ser una profesión, y mucho menos cómo convertir este cúmulo de rarezas en una vida dedicada a la investigación. Aprendí de algunos libros y antes de ingresar a Ciencias Antropológicas, que los antropólogos andaban de acá para allá, pero ¿en qué consistía ese “andar”? Sólo una vez la acompañé a Hebe a un conuco (minifundio), hizo unas preguntas sobre producción agrícola y nos volvimos a Caracas. De todos modos me encantaba preguntarme qué y cómo hacían trabajo de campo los antropólogos y cómo se acercaban a su gente, convivían y aprendían de ella. La mística del trabajo de campo que en los tempranos '70 parecía fundirse con el tan mentado “compromiso”, aparentemente garantizaba buena investigación.

Con el tiempo y, sobre todo, con mi propio trabajo de campo en Villa Tranquila, Avellaneda, en un equipo coordinado por Hermitte y con sede en FLACSO, empecé a despegar estos dos

---

<sup>5</sup> Con Eduardo Menéndez sucede algo ligeramente distinto. Es un antropólogo social exiliado en México y que después de 1983 decidió permanecer en aquel país. Su producción se enseña en varias universidades argentinas, pero se trata de sus investigaciones en México. Jamás pude dar con su investigación sobre migrantes europeos a Entre Ríos, que él afirma que realizó como becario de CONICET bajo la dirección de Hermitte. La tesis de la noruega Marit Melhuus sobre los colonos tabacaleros en el departamento correntino de Goya, también de aquellos años, fue publicada en inglés por la Universidad de Oslo y casi nadie la conoce, aunque mantiene una extraordinaria vigencia. Lo mismo ocurre con la monumental tesis doctoral del argentino-galés Glynn Williams, *The Welsh in Patagonia* (Cardiff UP, 1975), la de Arnold Strickon *Class and kinship in Argentina* (1962) acerca de los estancieros y peones de la pampa bonaerense, y la obra sobre peones cañeros bolivianos en Salta, de Scott Whiteford, *Workers from the North* (1981).



ingredientes. ¿Que yo me defina como “comprometida”, implica que hago buen trabajo de campo? Si así fuera, compromiso y trabajo de campo dependerían de un mismo factor ¿Cuál? Y si yo me defino como comprometida, ¿qué evidencias puedo dar de esa definición? Y, sobre todo, mis términos de definición ¿conducen necesariamente con los términos de compromiso que tendrían mis interlocutores en campo? Perdón, pero: las personas con las que trabajamos ¿están interesadas en nuestro compromiso de investigadores sociales? ¿Siempre lo estuvieron? ¿No fue acaso una novedad que introdujimos los investigadores y los universitarios? ¿Una investigación comprometida se define por la nobleza del tema? ¿Su utilidad? ¿Para quién/es? ¿Del tipo de gente a la que se propone conocer? ¿De la calidad del trabajo de campo? ¿De la duración de la estadía? ¿De la ideología política? ¿Un trabajo de campo comprometido es mejor que uno que no lo es? ¿Según qué criterios y de quiénes?

Preocupaciones como éstas me llevaron a escribir sobre aquel (casi primer) trabajo de campo en Avellaneda, y también sobre mi breve trayectoria docente como adjunta de Esther en Método de Investigación Etnográfica en la Facultad, y sobre un seminario que dictamos con Ana Rosato para escribir proyectos de tesis en 1985. La primera versión del *Salvaje Metropolitano*, escrita en 1986-7, terminó siendo un manual de verdades generales con tono extractivo, que di a mis colegas de la UBA para conocer sus opiniones. Me respondieron con respetuosas pero profundas críticas por su enfoque, algo así como positivista. Recién en la segunda versión que redacté en el verano de 1987 al 1988, antes de partir a mi doctorado en agosto del 1988, cambié la perspectiva y empecé a usar el concepto de reflexividad, volviendo a mirar mi trabajo de campo en Villa Tranquila de otra manera. Ese concepto me permitía salir de la formulación tipo recetario o premisa técnica general, y relacionar las decisiones llamadas “de método” con situaciones de campo concretas, y con las discusiones teóricas que llevábamos adentro, desde la universidad. Resultaba de aquí que las responsabilidades y las decisiones acerca de qué y cómo investigar no nos pertenecían sólo a los investigadores, sino también a la gente con la que nos encontramos. Este énfasis en la interlocución generalmente di-

fácil y repleta de “malentendidos”, me alejaba de la mirada compasiva tanto como de la vanguardista (cuestión que también trataba Vessuri), porque no sólo los antropólogos decidimos qué es “compromiso”, cómo se manifiesta y qué forma debiéramos darle.

Esta perspectiva abría una serie de interrogantes que, en mi caso, tomaron varias direcciones que fui recorriendo casi simultáneamente, porque creo que necesitaba entender antropológicamente lo que había pasado en la Argentina tanto en la política como en la academia, particularmente en la antropológica. Esas vías se proponían entender:

- qué habían hecho y cómo se habían definido los antropólogos sociales en la época de la gran figura del antropólogo y del intelectual comprometido;
- cómo se relacionaban el campo, la teoría y la escritura en la persona de la primera antropóloga social argentina titulada como tal en una universidad de EEUU y a quien varios colegas más jóvenes que ella y que se auto-calificaban comprometidos despreciaban como “liberal”;
- cómo operábamos los antropólogos en el trabajo de campo, y cómo y cuánto de ese trabajo de campo era ya la investigación misma;
- cómo los monstruos nacionales, a saber, las FFAA, se habían posicionado ante un enemigo profesional y tecnológicamente más poderoso, Gran Bretaña, llevando consigo a numerosos argentinos civiles al frente y despertando el apoyo de la sociedad en prácticamente todas sus orientaciones políticas.

En lo que sigue me referiré a tres cuestiones.

**Primero:** Si la investigación antropológica intenta salir del etnocentrismo y, agrega Bourdieu, del logocentrismo, me parecía interesante conocer cómo habían entendido y practicado la investigación nuestros predecesores, aquéllos que se auto-adscribían como antropólogos sociales o que andaban cerca (en la época también se hablaba de “antropología de las sociedades complejas” siguiendo a Eric Wolf). En trabajos que se iniciaron

con un equipo del que participaron Sergio Visacovsky, Estela Gurevich y Lorenzo Cañas Bottos, encontramos que quienes hicieron la primera antropología social sin estudiarla en el exterior pero que la pregonaban aquí (como “la 4ta rama de la antropología”, figura política reminiscente de la propuesta de crear una 4ta rama del peronismo, la Juventud) apenas sabían en qué consistía y hacían cosas muy distintas. El rótulo de “compromiso” les sirvió para diferenciarse de la antropología oficial, lo que lograban abordando temáticas novedosas que excedían el mundo indígena y, en caso de abordarlo, le daban un cariz más ligado a la desigualdad y a la problemática social. Pero esta novedad no necesariamente resultaba en investigaciones sostenidas e intensivas, y en algunos casos apenas si rozaba el campo; en otros, el campo apenas terminaba en un escrito de tipo etnográfico. Es decir, reivindicarse como antropólogos sociales y, por lo tanto, comprometidos no necesariamente redundó en más y mejor investigación antropológica<sup>6</sup>. Por su parte, quienes se habían formado como antropólogos sociales principalmente en EEUU, Francia e Inglaterra, debían no sólo definir problemas de investigación sino un contexto nacional con preguntas distintas a las que planteaban los antropólogos mesoamericanistas, andeanistas, amazonistas y chaquenses de la época. El desafío era producir en sus estudios dos nociones simultáneas: la de la sociedad nacional y la de un lugar de la antropología social para su estudio, sociedad nacional y posición que podía coincidir, pero que también se diferenciaría de aquellos otros expertos, los sociólogos. El artículo con Visacovsky en *Desarrollo Económico*, “Nación, marginalidad crítica y el Otro interno en la antropología social argentina de los 1960s-70s” (publicado en el 2000) y la compilación sobre *Historia y estilos de trabajo de campo en Argentina* (del 2002) que contenía cuatro artículos, dos de antropólogas formadas afuera -Hermitte y Vessuri- y dos acerca de

---

<sup>6</sup> Para definir qué sería “más y mejor antropología” los criterios varían. Sería interesante averiguar cómo cambian los estándares, y por qué lo que era buena antropología en los '70 no lo es necesariamente en los '10. Los climas de opinión antropológica se forman en situaciones concretas, en coyunturas históricas, atendiendo a personalidades, audiencias y lectorados, no solo ni necesariamente a los lugares donde publicamos. Pienso que hay distintos tipos de excelencia, unos más relativos a la investigación teórica (con y sin fundamento empírico) y otros a la gestión o transferencia. Pero hay mucho más por discutir todavía.

antropólogos formados en el país -Ratier y Bilbao- tratan precisamente de esto. Es interesante el artículo de Virginia Vecchioli en ese volumen; al comparar al etnólogo Edgardo Cordeu y a la antropóloga social Hermitte en el estudio de la realidad indígena del Chaco, no encuentra diferencias sustanciales pese a que ambos decían hacer cosas diferentes.

**Segundo:** Si este panorama relativamente elemental en el ámbito académico campeaba en los '60, ¿qué decir de la antropología social en los '50? Entonces ¿cómo se le ocurrió a alguien que se formaba como Profesora de Historia en la UBA (aún no existían las licenciaturas) formarse en Antropología Social? Si EEUU no era el reino de la antropología social sino cultural, ¿por qué Esther Hermitte se volvió antropóloga social y cómo lo hizo? Junto a colegas más jóvenes formamos en el IDES un grupo-taller sobre trabajo de campo etnográfico y al cabo de un año, en 1994, convocamos a un invento, las Jornadas de Etnografía y Métodos Cualitativos (JEMC). En el segundo encuentro, 1998, presentamos una primera aproximación a los materiales del archivo personal de Hermitte y su trabajo en Chiapas, que publicamos en la revista mexicana del CIESAS, *Alteridades*. Por años y por mi cuenta utilicé aquel archivo como material para mis clases de métodos etnográficos en la Maestría de Antropología Social (IDES-IDAES/UNSAM). Disponer de todo un archivo, desde el diario de campo hasta la etnografía final (su tesis de Master y de Doctorado en Chicago, ambas premiadas) me permitía mostrar un proceso de continuidad e imbricación entre la etnografía como texto y como TC, pasando por el proceso analítico que no comenzó después sino durante su estadía en el pueblo de Pinola, hoy Villa Las Rosas. Aquella investigación de la que Esther se presentaba como informante de sus alumnos en el IDES en 1979, revelaba la cantidad de decisiones que la gente debía elaborar para tratar con ella ... y no morir en el intento, precisamente porque hablar de lo que le interesaba a Esther (*nahuales*, *ch'uleles*, sueños, procesos de ladinización, etc.) podía traerles serios problemas, como enfermar y acaso morir por brujería. El trabajo de Esther también mostraba la cantidad de decisiones extra-académicas que ella misma adoptaba estando allí y cómo estas decisiones se integraban a sus decisiones académicas y a su proceso de conocimiento.

Estudiando su archivo personal, vi:

- cómo Esther fue forzada a ver y escuchar lo que no veía ni escuchaba,
- que registraba extraordinariamente porque tenía notas sobre lo que aún no entendía,
- que fue capaz de reformular su organización conceptual gracias a lo que vio en el campo,
- que su informante número 1 Bricio Montoya cayó presa de chismes y se alejó de ella año y medio después de conocerla y tratarla,
- que una de sus principales informantes le mentía descaradamente y Esther lo sabía, aunque seguía frecuentándola;
- y que las “técnicas de investigación de campo” solían adoptar los modos locales de interacción, en el molde de sus relaciones sociales (Guber 2013).

En suma, encontré en los materiales de Esther lo que experimentamos la mayoría de los investigadores: que la mayor parte de una investigación no se ve, y que en la progresiva visibilización de la investigación se pierden cuestiones y decisiones que son de orden teórico-metodológico, aunque las consideremos de orden humano y personal. ¿Lo personal es político? En este caso, lo personal es teórico-metodológico.

**Tercero.** Efectivamente, si el trabajo de campo no era una receta para obtener o extraer buena información, sino una modalidad de relación que, como un traje a medida, se ceñía a las condiciones particulares de cada investigación, era en el análisis de las situaciones de campo, especialmente de las que nos generaban más perplejidad, donde podíamos empezar a problematizar el campo convocando nuestra capacidad de penetración teórica. Si el campo hablaba necesitábamos escucharlo, en su singularidad, convocando para ello nuestros dispositivos conceptuales más adecuados. De cómo sabemos si lo son me ocuparé después, pero por ahora basta decir que esas situaciones de campo particularmente reveladoras, problemáticas y dilemáticas, requieren no sólo de conceptos analíticos o académicos, sino también de una

capacidad de descripción etnográfica que es, como sabemos, el agua y el harina de la masa antropológica (¿la teoría es la levadura?). Y así como describimos cierta organización social y política, así también podemos describir esas situaciones de campo de las que somos parte y relacionarlas con los modos de actuar y de pensar de la gente con la que trabajamos y con los modos de actuar y de pensar de nosotros mismos. De esta acepción general me resultó una manera de interrogar y analizar el campo en su especificidad, pero esa manera no es a-teórica. Lo hice con varias colegas (Guber, 2014) examinando situaciones que se manifestaban en perplejidades y cuestionamientos, expulsiones y amenazas, malentendidos e inconveniencias. Para entender esas situaciones hicimos etnografía con ellas, interrogándolas con los mismos conceptos y objetivos de la investigación en la que se habían suscitado, en tensión con conceptos propios de la batería metodológica de la etnografía (observación participante, no directividad, acceso al campo, antropóloga nativa, punto justo, temas tabú, dejarse afectar, el acceso a lo secreto, los efectos de la publicación de la investigación, etc.). En estos análisis nuestros interlocutores no se presentaban ni como fuentes de información ni como objetos anecdóticos ni como casos; eran más bien los principales cuestionadores de nuestro equipamiento teórico-metodológico. Es decir, con sus reflexividades (que no es sinónimo de reflexiones) nos obligaban a reexaminar las nuestras.

**Cuarto:** Creo que fue gracias a la posibilidad de poner en cuestión nuestras reflexividades antropológico-sociales que pude aventurarme por un campo minado de militares, los “monstruos”, los verdaderos Otros de la academia argentina. Lo hice internándome en sucesivas investigaciones sobre un campo de batalla, el de la guerra de Malvinas de 1982 que era, además, un campo de batalla temático y político. Un campo al que los investigadores sociales argentinos hemos evadido por mucho tiempo, sea porque teníamos todas las respuestas, sea porque era un tema antipático que nos resistíamos a comprender antropológicamente al verlo poblado por “enemigos”. Los militares argentinos no merecían nuestra antropología social.

Desde 1989 empecé a trabajar sobre la guerra de Malvinas, protagonizada por personal uniformado, concripto o de carrera. Mis primeros escritos se ubicaron en el lugar más lícito y aceptable (para la academia y para buena parte de la sociedad argentina): los civiles concebidos como las víctimas de la guerra, los chicos de 18 años “arrastrados al campo de batalla” y “torturados” por los oficiales y suboficiales, “abandonados” ante el enemigo británico: los ex soldados. Estos presupuestos se me evaporaron ni bien “pisé el campo”. El dolor y la soledad social que provocó la incompreensión acerca de aquella experiencia que habían protagonizado sólo siete años antes se reproducían en el mutismo de los científicos sociales que preferían dedicarse al otro legado político del Proceso: los desaparecidos y los crímenes de lesa humanidad. Los ex soldados comenzaron a aparecer en los escritos de la época como puro objeto de victimización de sus superiores (no de los enemigos británicos), igual que los desaparecidos emergieron como puro objeto de victimización de la contrainsurgencia militar. El despojo de agencia social y política de los soldados demandaba de parte de las ciencias sociales una perspectiva complejizadora que evitara la conmisericordia o la admiración heroica.

Si los soldados fueron el tema central de mi tesis doctoral (*De chicos a veteranos*, 1999/2004), paralelamente fui conociendo el ámbito castrense porque, en contraposición al sentido común que han vertido historiadores y politólogos, los soldados son inseparables de las fuerzas a las que sirvieron. De aquí resultaron algunos escritos centrados en qué había hecho cada Fuerza con la guerra, siendo que habían hecho cosas muy diferentes. En 2007 publiqué un artículo sobre la Fuerza Aérea (FAA), “Bautismo de fuego, gracia de Dios”.

Al año siguiente tuvo lugar uno de esos raros casos en que el “nativo” pide los oficios de la antropóloga. Así fue la presentación de Antonio ‘Tony’ Zelaya, capitán de escuadrilla del Grupo 5 de Caza en 1982. Por mail me propuso recuperar:

mi experiencia y la de los que allí quedaron; la parte humana de la experiencia, no la de los ataques y las bombas y todo eso de lo que tanto se escribió ya;

pero yo no soy escritor, soy piloto; eso sí, me gustaría recuperar para nosotros el nombre de ‘halcón’ que se extendió a todos los miembros de la FAA. Pero los verdaderos halcones somos nosotros, los de A-4B, la cenicienta de la aviación de caza de la época (2008).

Los A-4B Skyhawks, aviones monoplaça, subsónicos y de fabricación norteamericana para la Guerra de Corea pero que se estrenaron en Vietnam. Sin yo tener la menor idea de cómo ubicarme frente al pedido, Zelaya me estaba dando la combinación de su caja fuerte: experiencia – los caídos – emblema pájaro/identidad – humanidad.

Entender casi al pie de la letra aquellas palabras como su reflexividad, la de Tony, de establecer el sentido de su invitación y de lo que imaginaba yo podía hacer, me acercó a un mundo del que, pronto constaté, sabía poco y nada, artículo incluido. Ver qué habían hecho los aeronáuticos de un sistema de armas en particular (los legos decimos “avión”) desde la perspectiva de los oficiales protagonistas era muy distinto que hacerlo desde la perspectiva de la institución. Sin entrar en detalles sobre aquella investigación que publiqué a comienzos de 2016 como *Experiencia de Halcón*, prefiero referirme a cómo la reflexividad de Tony y de los pilotos que pude conocer haciendo trabajo de campo, trascendió a mis propios ámbitos, particularmente el de la docencia y el de las otras líneas de investigación.

Andando mí trabajo y, como me sucedió siempre, todo lo atinente al tema me concernía, incluso si volaba otro tipo de avión y no el A-4B. Fue así como conocí primero de modo virtual mediante el curso que coordinaba Miriam Kriger, y después de modo presencial, a una estudiante que me agradeció la clase. Se presentó como Martha Ardiles, educadora de la Universidad Nacional de Córdoba. En mi estado de alerta permanente, le pregunté si conocía al piloto de Malvinas José ‘Pepe’ Ardiles y me dio las gracias por acordarme de su hermano, muerto el primer día de combate, el 1 de mayo. Una de las hijas de Martha era muy amiga de colegas míos de Córdoba, y por lo tanto se conocían desde hacía muchos años. Pero cuando les comenté mi



encuentro, ellos ignoraban que Martha hubiera tenido un hermano oficial de la FAA. Así, 27 años después de Malvinas y al menos 10 años después de conocerse sus hijas, Pepe Ardiles era un misterio para quienes trataban a Martha en la Universidad. ¿Cómo era posible que desconocieran el hecho? Entonces, decidí empujar esta pregunta hasta un escrito que compone uno de los artículos de *Prácticas Etnográficas* (“La reflexividad o el análisis de datos. Tres antropólogas de campo”, con Diana Milstein y Lidia Schiavoni), analizando las reflexividades de Martha, de mis colegas y de mí misma. En verdad, *Prácticas* era el primer libro sobre análisis de situaciones etnográficas que se publicaba en el país, y que aspiraba a problematizar el trabajo de campo en la Argentina y por argentinas (aunque un artículo trata sobre una situación en el Brasil). En 2014 invitamos a presentarlo en el Congreso Argentino de Antropología Social en Rosario, a una colega antropóloga-socióloga cordobesa, Alicia Gutiérrez, de la misma generación de Martha. Alicia lo hizo maravillosamente hasta que, hacia el final, se refirió a Martha y a sí misma. ¿Cómo pudo ser que ella, su compañera de política universitaria, no supiera lo de José? Dos semanas antes de esta conferencia Martha me escribió contándome que Alicia se le acercó en una circunstancia universitaria, para decirle algo que tenía atravesado; con tono de disculpa le expresó su propia vergüenza de haber compartido tantos años de Universidad sin saber lo de su hermano. Sensibilizada por mi reciente experiencia como miembro de una comisión de CONICET en la que se evalúa la calidad de los aspirantes a becas y a carrera de investigador, habitualmente en términos de “impacto” de la “producción”, me preguntaba si el “impacto” verdadero se refería -como suele interpretarse- a nuestras publicaciones en las revistas de los grandes pulpos editoriales o si, en cambio, debería referirse a las tramas sociales que nuestra etnografías permiten recuperar y reconocer a la par de problemáticas sociales y teóricas, acaso también regionales. Cabe señalar que la primera vez que incluí aquel artículo fue en un curso en Comodoro Rivadavia (Universidad Nacional de la Patagonia-San Juan Bosco) adonde Martha había pasado varios años de su vida, incluyendo 1982, cuando en abril vio por última vez a su hermano en tránsito hacia Río Grande. La mayoría de las asistentes a mi curso conocían a Martha y sabían de José, y

también se veían sumamente reflejadas en la incomprensión social que había llevado a Martha a no hablar de su hermano en el medio universitario cordobés... en las ciencias sociales del medio universitario cordobés.

Estas situaciones, que yo había revelado con su autorización, me devolvían una imagen de mi propia academia, la progresista y comprometida post-dictatorial, que poco tenía de humanista y comprensiva. Martha debía ser reconocida en toda su persona, incluso donde ella había elegido desempeñarse como profesional y académica, la UNC, del mismo modo que su hermano había elegido un rumbo de vida diferente al de Martha mientras seguía siendo su hermano. Esta constatación no sólo me exponía los sesgos de nuestra capacidad comprensiva como antropólogos sociales; también venía a poner a prueba nuestra categoría nativa intelectual del “compromiso”. Por ejemplo, ¿acaso José no había estado comprometido con su Patria, o con su causa, o con su misión, o con su profesión, hasta dar la vida por ellas, mientras terminó enfrentado desde su Dagger M-V él solo contra dos aviones Sea Harrier de la Royal Task Force? Estoy acostumbrada a que se me conteste que estaba haciendo su trabajo. Es verdad, pero un trabajo en el que el combate es su coronación mientras conlleva la vida íntegra de quien lo protagoniza. Es como si alguien nos escuchara a los antropólogos contar anécdotas de nuestras desventuras en el campo, y que en vez de reconocerlas como parte de nuestro esfuerzo hacia el aprendizaje, nos contestara diciendo ¡que es nuestro trabajo! El modo en que el trabajo de campo nos enseña por dónde y cómo comprender a nuestros interlocutores se parece al modo en que el combate y los ejercicios previos les enseñan a los combatientes por dónde y cómo actuarán los oponentes. Ambos atravesamos cierto adiestramiento, pero cada circunstancia nos enfrenta a situaciones inesperadas que convocan nuestro ingenio y nos obligan a arriesgar. Antropólogos y guerreros hacemos experiencia desde adentro, porque ningún curso de métodos puede enseñarnos a hacer trabajo de campo en circunstancias particulares.

Esta costumbre de mirarme en el espejo de aquellos a quienes estudio comprensivamente, no pretende equipararme. Po-

demos conversar, dialogar y entendernos, pero no nos convertimos en nativos ni hablamos por ellos. Sólo podemos tender puentes. Los hay más firmes o más precarios, algunos transitorios, otros duraderos; hay tendidos que parecen puentes pero no lo son, y hay puentes que están ocultos y hasta camuflados con nuestra vida cotidiana; además, los puentes pueden tenderse desde puntos inesperados. ¿Cómo reconocerlos? Empezando por la propia orilla: la mía suele ser mi medio académico y la antropología social como formación sustantiva y como sentido común ético, teórico y metodológico.

Así que Tony me propuso recuperar su “experiencia y la de los que allí quedaron”. “Experiencia” era su categoría, pero sólo andando la investigación supe que no era un término inocente. Por intuición adopté a “experiencia” como mi categoría teórica y debería aprender cómo se ligaba con lo que Tony había vivido 26 años antes. En su planteo se enlazaban presente y pasado formando una continuidad que guarda las dos dimensiones más habituales del término en castellano: la experiencia como lo vivido y la experiencia como lo aprendido.

Siguiendo mi sentido común antropológico, procedí a buscar qué se había escrito sobre la experiencia en la batería terminológico-conceptual de mi disciplina; obviamente miré hacia el norte, a la antropología euro-occidental y norteamericana. Entonces, no recurrí a un marco teórico preestablecido del que “bajaría” una relación teórica al campo empírico, sino que procedí al revés. Pero el norte no es homogéneo; por lo tanto no fui al arsenal teórico italiano, español o portugués, sino al británico, quizás porque me considero una seguidora inconstante y azarosa de esa antropología en la que se formó mi maestra Hermite (Chicago, la cabeza de puente de la antropología social en los EEUU.). Me subí al texto *The Anthropology of Experience* compilado por Edward Brunner y, póstumamente, por Victor Turner. Aunque conocía ambos autores, y por eso confiaba en que podían ayudarme, el circuito que me proponían no le venía bien a la sugerencia de Tony. Brunner generalizaba la noción de experiencia como accesible a través de las expresiones culturales. Si yo hubiera decidido disciplinarme, concibiendo al avión en esta acepción, no hubiera entendido la definición de experiencia que me proponía Tony, un aprendizaje con el que aún contaba,

conocimientos de distinto orden, más que una expresión definida, como una cerámica o un cuento. Un pasado en continuidad con el presente en el que nos habíamos encontrado. Esa continuidad nos definía a ambos y también al mundo que estábamos por experimentar: para él y los suyos, la novedad del ingreso de una antropóloga argentina; para mí, la novedad de ese mundo en el mío, el de la antropología.

Cabe aquí una observación. ¿Por qué elegí elevar la categoría nativa de “experiencia” a una categoría teórica, y no “traduje” experiencia en otra categoría mucho más transitada en nuestro país y en nuestras ciencias sociales: la de “memoria”? Era éste un concepto que yo había utilizado para trabajar, entre otros temas, la presencia de los ex soldados como nueva figura social en la posguerra argentina. Sin embargo, este campo de estudios me presentaba varios problemas. El primero y más evidente fue que en su propuesta Tony ratificaba una continuidad entre el pasado y el presente, y no, aunque fuera parte del encargo, una reconstrucción del pasado desde el presente. El segundo fue que abordar a los A-4B como “memoria social” hubiera significado analizar cómo estos oficiales, la mayoría retirados, estaban levantando políticamente una actuación de 1982 de cara a una posición político-institucional. Este punto, nada menor, no parecía corresponder al tono del pedido. Y aunque yo hubiera podido examinar, por ejemplo, la transformación de la veteranía de guerra en un instrumento político al interior de la Fuerza Aérea, Tony se refería a otra cosa. Esa otra cosa llevaba, para él, el nombre de “experiencia”, la de los oficiales del Grupo 5 que para 2008 ya estaban retirados o por retirarse. Escribir sobre “la experiencia” significaba recordarlos desde el pináculo de sus carreras pero, sobre todo, significaba comprender que ese pináculo se había hecho en condiciones no previstas y no conocidas para ellos. Por eso el conocimiento adquirido no en una clase sino en el combate real sobre el mar se convertía en la piedra angular de la interpretación de lo que habían vivido aprendiendo y aprendido viviendo... y muriendo. Cualquier otro estudio que pudiera hacerse sobre ellos debía empezar por donde me lo propuso Tony: qué fue Malvinas para ellos, los oficiales del Grupo 5 de Caza enfundados en sus A-4B.

Si esta razón para no adoptar “memoria” como mi concepto clave es la principal en el orden sustantivo de la investigación, la tercera razón es, político-académicamente, la más relevante. Mi estudio sobre estos aeronáuticos militares no cabía políticamente en los trabajos que se vienen realizando en la Argentina empleando este concepto y que se dedican, con particular énfasis, a recordar y denunciar los padecimientos de argentinos y extranjeros detenidos, desaparecidos y/o asesinados en los campos clandestinos de detención. Adoptar el concepto de “memoria” para estudiar la “experiencia” de los A-4B en Malvinas hubiera sido inadecuado e inconveniente tanto para ellos como para mí. Ni Tony ni los demás podrían reconocerse en esta categoría, y yo no podría recuperarlos de manera genuina a través de ella. La guerra del 82 ha sido generalmente excluida de dicho campo conceptual, y aunque mi investigación doctoral sobre los ex soldados utilizaba la noción de memoria como eje central, jamás fue incluida en el campo de estudios sobre la memoria.

Siguiendo entonces con mi búsqueda, fui a otro texto que relacionaba el trabajo de campo con la experiencia. *Social Experience & Anthropological Knowledge*, compilado por dos antropólogos daneses, Kirsten Hastrup y Peter Hervik, elabora acerca de cómo la experiencia del trabajo de campo se convierte en conocimiento comunicable y teorizable. Busqué allí algunas pistas para comprender experiencia pero, otra vez, no encontré lo que buscaba. Los autores de la compilación analizan instancias de campo que desembocan en preguntas sumamente relevantes. Por ejemplo: ¿los antropólogos debemos tener alguna idea de cómo es vivir y pensar en ciertas condiciones?; ¿nuestras experiencias de campo son similares, homólogas (por proceder de nuestra común humanidad) y análogas (por ocupar la misma función) a las de nuestros interlocutores?; ¿cómo o por qué vías o mecanismos aprendemos los antropólogos el sentido de la vida social en el campo?; ¿es que los antropólogos verdaderamente atravesamos un proceso de re-socialización como el que han atravesado los nativos, o es todo una simulación?

Pese a encontrar en el libro de Hastrup y Hervik una noción de experiencia particularmente aplicada al TC de los antropólogos, que enfatiza la necesidad de incluir en el quehacer antropológico mucho más que el discurso y la técnica de la entrevista,

las situaciones narradas aparecen como ejemplos y no como co-construcciones. En caso de auto-examinarse, los autores se limitan a sus géneros, etnicidades, nacionalidades, y no extienden la indagación a sus mundos institucionales. Mi impresión es que en sus escritos los autores compilados por Hervik y Hastrup mantienen una relación de exterioridad con sus interlocutores de manera que éstos, generalmente de otros países, no llegan a constituirse en una seria amenaza a las certezas del mundo cotidiano del investigador. En cambio, mi disposición a comprender a un grupo de militares de mi país y del Estado que me rige (ya que soy investigadora del organismo oficial de la ciencia y la tecnología), me ubica peligrosamente en una facción contraria a la que ha dominado la academia argentina desde 1984 y que fue, al menos al comienzo, la que me permitió iniciar mi carrera académica. ¿Qué podría yo, como científica social, aprender de los “halcones de A-4B”? ¿Aprender de ellos sería comprenderlos, por lo tanto justificarlos, por lo tanto traicionar a mis colegas?

Veo que seguí adelante, y que confié en la guía de mi baquiano y de sus camaradas de entonces. Al hablar de “su experiencia y la de los que allí quedaron” Tony implicaba un verdadero problema (argentino y científico) que sólo descubriría andando la investigación y que cobraría cuerpo con un descubrimiento bibliográfico.

Ya avanzado mi trabajo de campo decidí revisar un texto que me habían recomendado algunos colegas: primero fue Rolando Silla y después Diana Milstein y Laura Zapata. Se trataba de *The Perception of the Environment. Essays on livelihood, dwelling and skill* (2000) de Tim Ingold que ya circulaba en varios escritos de América del Sur, y en la Argentina especialmente en las reflexiones de los arqueólogos. Cuando llegué a él, Ingold ya era un antropólogo de moda, que llegaba con su humildad y una elaboración teórica potente a esta antropología periférica, proveniente él mismo de Cambridge y Manchester, aunque ya asentado en una universidad periférica del Reino Unido, en Aberdeen, Escocia. Mi embelezo no resultaba de haber encontrado la definición exacta de experiencia, sino de una posición de investigadora que era, a esa altura, mi única certeza y sostén. Esa posición era muy similar a la que yo venía enseñando a través de las etnografías, para mí extraordinarias, de

Patricia Fasano (*De boca en boca*, 2006) y Julieta Quirós (*Cruzando la Sarmiento*, 2006) donde ellas se dejan ver en la construcción de un texto a la vez de campo y de teoría. Allí, sus experiencias de campo no ilustran ni ejemplifican; son la investigación misma.

Y creo que la manera en que esto funcionaba se expresa en mi hallazgo (claro que por todos sabido en la FAA). Mientras leía a Ingold aprendí, gracias a mis conversaciones y lecturas de un prolífico historiador aeronáutico-militar, Oscar Aranda Durañona, que los pilotos de la Fuerza Aérea hicieron la guerra de Malvinas en un medio, el aeronaval, que no conocían porque desde 1955 ese espacio había quedado fuera de su jurisdicción y por lo tanto de su campo de práctica y del rango de su equipamiento. Este límite se encuentra vinculado con la creación el 4 de enero de 1945, de la Secretaría de Aeronáutica por J.D.Perón, y recíprocamente en el protagonismo de la Armada Argentina (ARA) en el golpe que lo depuso en setiembre de 1955. La ARA mandó a la FAA a operar sobre el continente, y se reservó el escenario marítimo, es decir, su mar y su aire, el espacio “aeronaval”. Fue entonces que la palabra “experiencia” me golpeó en la cara (así decía Esther). Es que aquel grupo de hombres pertenecientes a una institución militar, la FAA, habían ido a Malvinas en 1982 y “hecho experiencia a partir de no tenerla, en La Experiencia de sus vidas”; habían encarado una guerra sobre el mar y contra medios navales (fragatas y buques logísticos, principalmente) superando una división de jurisdicciones entre FF.AA. que resultaba de hechos políticos acaecidos entre tres y cuatro décadas atrás. Así, un medio jurisdiccional “natural” de la Marina, el aeronaval, se convirtió al final del conflicto con Gran Bretaña, en un medio propio y apropiado por la FAA como aero-marítimo.

También en esto hay similitudes entre los pilotos argentinos en Malvinas y nosotros los antropólogos: ellos sabían atacar desde el aire, pero no sabían de buques ni tenían las bombas adecuadas, de manera que tuvieron que aprender, y lo hicieron “sobre la marcha”. Los antropólogos tenemos lecturas y sabemos que hay que hacer observación participante y entrevistas no dirigidas, pero cuando vamos a hacer trabajo de campo con determinadas personas, en cierto lugar, en cierta época, los trabajos

anteriores no nos dicen más que “generalidades técnicas”. Entonces, hacemos experiencia en este trabajo de campo y nos vamos transformando con su ritmo y sus modales. El trabajo que estoy haciendo ahora se convierte en mi experiencia cuando lo conceptualizo en sucesivas escrituras a la luz del campo mismo. Me apropio de esta nueva experiencia y la convierto en La Experiencia cuando logro transmitirla a mis lectores u oyentes, sean pilotos, colegas, estudiantes o público en general. Para ambos, pilotos y antropólogos, lo crucial es estar ahí, no como testigos, sino como expuestos al riesgo del final abierto.

Así, en la necesidad de “estar ahí” se ponen de manifiesto, por su contraste, dos dimensiones del concepto de experiencia: como conocimiento y como interioridad.

**1- El trabajo de campo es siempre por primera vez:** con ellos, en ese momento de sus vidas y de la mía. El trabajo de campo que estoy haciendo o que haré es forzosa e interesantemente singular. Por eso siempre reposa sobre el desconocimiento y guarda una disposición hacia el descubrimiento. Pero uno será capaz de descubrir porque hará cosas distintas, hablará diferente y de distintos temas, tendrá nuevos problemas y muchas veces no sabrá qué ni cómo hacer. El trabajo de campo es experiencia basada en la inexperiencia. La expresión más clara de esta perplejidad es cuando Evans-Pritchard decía que todo lo que había aprendido para hacer trabajo de campo con los Azande no le sirvió en absoluto para vivir entre los Nuer. Es esta constatación, esta advertencia, la que nos permite a los antropólogos saber que los efectos de nuestra ignorancia nos saldrán al paso y que, por eso, nos veremos obligados a aprender nuevas maneras de ser, de sentir y de pensar.

**2- El trabajo de campo requiere inmersión, es decir, que ese aprendizaje se haga desde adentro,** precisamente porque no hay mapas ni planos para los nuevos desafíos. Si el problema con muchos artículos sobre trabajo de campo es que suenan distantes (desde el norte o desde afuera), es que para sus autores las condiciones de sus Otros siguen siendo Otras después de haber escrito. En su célebre *Time and the Other*, el holandés Johannes



Fabian argumentaba en esta línea pero refiriéndose a la distancia en términos de un tiempo que separa a investigador y sujetos de investigación como si fuera entre civilización y salvajismo... respectivamente. Si nuestro aprendizaje de los Otros sigue siendo planteado desde el exterior, es lógico que el trabajo de campo se plantee como una labor extractiva de información o de datos (“técnicas de recolección de datos”, “estrategias de acceso a la comunidad”, etc.).

Aquí es cuándo emerge mi utilización de la noción de experiencia, basada en cierto señalamiento de Ingold y en los pilotos del Grupo 5 de Caza de Villa Reynolds, San Luis. Sucede que, etimológicamente, experiencia es “la acción y efecto de experimentar”<sup>7</sup>, cuya raíz proviene del verbo *experiri* que significa experimentar, probar. Experiencia es “la cualidad (-ia) de un agente (-ent) al intentar o probar (per) a partir de las cosas (ex). Un conocimiento empírico adquirido al analizar los resultados y formular nuevas pruebas en base a los errores. Pareciera entonces que, etimológicamente, la experiencia tiene una fuerte impronta analítica: sería el resultado de una observación hipotética de quien mira los hechos desde afuera, más que de quien participa de ellos obteniendo su conocimiento práctico. Pero este sesgo no es original ni data de la Grecia clásica que pervive en nuestra habla corriente, cuando nos referimos a la experiencia destacando su tono vivencial, en primera persona, en carne propia. Para la razón occidental una cosa fue la experiencia como conocimiento hipotético y otra como saber de primera mano; para esa razón la experiencia como conocimiento hipotético y probado en experimentos se volvió más confiable, si bien más impersonal, válido para todo tiempo y lugar. Sin embargo, el saber antropológico sobrevivió sustentado en el conocimiento de primera mano, eso que llamamos “trabajo de campo” y “etnografía”. Sucede, dice Ingold, que el saber vivencial ha perdido status frente al saber de la experimentación, y así la subjetividad fue cediendo a una objetividad sin sujeto. Es cierto que la valoración de “las subjetividades” está a la orden del día, pero también es cierto que nos falta debatir acerca de la relación entre la

---

<sup>7</sup> <http://etimologias.dechile.net/?experiencia>  
<http://etimologias.dechile.net/?experimento>

interioridad inherente al trabajo de campo etnográfico y las formas de generalizar al interior de los mundos que trabajamos, y especularmente (¿reflexivamente?) en relación a los distintos mundos que vivimos.

Quizás sea por eso el compromiso no perdió vigencia; porque el trabajo de campo se mantuvo esquivo a la domesticación, insubordinado a la estandarización, ofreciéndonos nuevas preguntas, incongruencias, contradicciones, algo así como un ser con vida propia. Lo cual nos demanda, sin duda, una enorme cuota de compromiso, pero no del vanguardista ni del compasivo, sino del que se abre a la paciencia y a la inquietud ante la incertidumbre, esas que nos mueven como partes de la disciplina académica que más se parece a la vida.

\*\*\* \*\*\*\*\* \*\*\*

La experiencia más hermosa que podemos tener es el misterio. Es la emoción fundamental que se posa en la cuna de la verdad y de la ciencia verdadera. Quien no la conoce y no se puede maravillar, vale tanto como un muerto, y tiene los ojos ensombrecidos.

Probablemente Albert Einstein y los antropólogos desde nuestros trabajos de campo, estemos diciendo lo mismo.

## **Bibliografía**

- Guber, R. (2013). *La articulación etnográfica. Descubrimiento y trabajo de campo en la investigación de Esther Hermitte*. Buenos Aires: Biblos.
- Guber, R. (2014). (comp.). *Prácticas etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogas en el campo*. Buenos Aires: CAS/IDES; Miño y Dávila.

# ÍNDICE

|  | Pág. |
|--|------|
| <b>Agradecimientos</b>   |      |
| <b>Prólogo</b>   |      |
| <i>Una mirada sobre tres décadas de la Antropología en Jujuy</i><br>Daniel González  | 7    |
| <b>Introducción</b>  |      |
| Liliana Bergesio, Federico Fernández y Omar Jerez  | 17   |
| <br>   |      |
| <b>Parte 1: Antropología y trabajo de campo</b>  |      |
| <br>   |      |
| <i>Del trabajo de campo como técnica,<br/>al trabajo de campo como experiencia</i><br>Rosana Guber   | 47   |
| <br>   |      |
| <i>Ser-en-el-campo.<br/>Reflexiones antropológicas desde la Cruz del Sur</i><br>Pablo Wright   | 77   |
| <br>   |      |
| <b>Parte 2: Enseñar Antropología</b>   |      |
| <br>   |      |
| <i>Enseñar Antropología en la carrera de Trabajo Social:<br/>dicotomía entre conceptos teóricos y aplicación al campo laboral</i><br>Héctor Torres                 | 95   |
| <br>   |      |
| <i>Entre mitos y realidades.<br/>La bioantropología en la Licenciatura en Antropología<br/>(FHyCS-UNJu, 1985-2019)</i><br>Ignacio Bejarano y Laura Fabiola Aramayo | 119  |
| <br>   |      |
| <i>Escribir en la universidad: una propuesta desde el aprendizaje<br/>colaborativo a partir de la enseñanza de la Antropología</i><br>Liliana Bergesio             | 137  |

### **Parte 3: Antropología y otros campos de conocimiento**

*Antropología y transdisciplina.*

*Posibilidades y desafíos a partir del vínculo  
con Trabajo Social y Periodismo*

Mónica Lacarrieu

169

*De la Antropología Social a las Ciencias Sociales  
interdisciplinarias: trayectos del análisis de redes sociales  
(ARS) como enfoque metodológico mixto*

Federico Fernández

191

*El territorio de los actores o la multiterritorialidad  
programática: una visión antropológica del territorio*

Natividad M. González

211

### **Epílogos desde otras latitudes...**

*¿Reinventar nuestras antropologías?*

Eduardo Restrepo

243

*Antropología en sociedades complejas.*

*Afrontando nuevos problemas desde el oficio antropológico*

Elio Masferrer Kan

253

*La utilidad de los conocimientos inútiles: reflexiones sobre  
la enseñanza de Teoría e Historia de la Antropología*

Débora Betrisey

261

### **Sobre lxs autorxs**

267





Los/as antropólogos/as somos formados/as, fundamentalmente, para la investigación. Sin embargo practicamos igualmente la docencia al enseñar antropología, muchas veces para estudiantes que no se preparan para ser antropólogos/as, lo que representa un desafío extra. Estas ideas fueron las que, en un primero momento, motivaron la necesidad de encontrarnos quienes ejercemos la antropología en Jujuy en unas Jornadas Intercátedras.

La idea comenzó a gestarse en diversos encuentros informales donde se identificaron los dispares métodos y resultados del dictado y toma de exámenes, asumiendo la complejidad de los contenidos antropológicos en especial para profesionales que se estaban formando en otras disciplinas, a las cuales la antropología debía aportar sus teorías y métodos. En ese sentido, se advirtieron algunas dificultades comunes en el proceso de enseñanza-aprendizaje para la incorporación de conceptos centrales de la antropología así como la necesidad de intercambiar experiencias y reflexiones críticas.

Este libro es deudor directo de las Jornadas Intercátedras de Antropología que se organizaron a partir de una iniciativa de las cátedras de Antropología Social de Cultural de las Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales (FHyCS) de la Universidad Nacional de Jujuy.

ISBN 978-987-47753-9-9



9 789874 775399

